



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

Sueños de Modernidad : Apuntes subjetivos
Modernity Dreams: Subjective notes

Autor/es

Alejandro Perales Martínez

Director/es

Carmen Díez Medina

Universidad de Zaragoza / EINA
2018

SUEÑOS DE MODERNIDAD: APUNTES SUBJETIVOS

RESUMEN

La ciencia que estudia la arquitectura y el urbanismo bebe de una multitud de fuentes.

Desde el comienzo de mis estudios, me interesé mucho por cuestiones antropológicas que permitían establecer confrontaciones entre los grandes postulados teóricos y una conciencia social que engloba diversos niveles y enfoques.

Los hechos históricos, las fórmulas teóricas aplicadas al urbanismo y a la arquitectura moderna se funden para generar un texto que pretende entender cuál fue el origen y razón de estas intervenciones, entender el contexto que las propició y considerar el papel que ha jugado la sociedad en ellas.

Este trabajo tiene un enfoque particular. Lo que aquí se presenta es un texto narrativo, de carácter subjetivo. Una historia contada en primera persona que relata un sueño en el que afloran algunas obras y sus autores. La interacción con estos personajes se une al relato de los pensamientos del protagonista, buscando una relación de significados que alternan la observación y el análisis con la propia experiencia.

El texto pretende ser muy descriptivo, definir de manera muy clara lugares y espacios, pero a la vez situaciones y emociones. Cada uno de los tres capítulos, que se corresponden con las tres fases del sueño, se cierra con un dibujo del autor, en el que se desvela, mediante una imagen, la intervención en torno a la que se ha construido el texto.



DECLARACIÓN DE AUTORÍA Y ORIGINALIDAD

(Este documento debe acompañar al Trabajo Fin de Grado (TFG)/Trabajo Fin de Máster (TFM) cuando sea depositado para su evaluación).

D./D^a. Alejandro Perales Martínez,

con nº de DNI 73001270-Y en aplicación de lo dispuesto en el art.

14 (Derechos de autor) del Acuerdo de 11 de septiembre de 2014, del Consejo de Gobierno, por el que se aprueba el Reglamento de los TFG y TFM de la Universidad de Zaragoza,

Declaro que el presente Trabajo de Fin de (Grado/Máster)
Sueños de Modernidad: Apuntes subjetivos, (Título del Trabajo)

es de mi autoría y es original, no habiéndose utilizado fuente sin ser citada debidamente.

Zaragoza, Miércoles 19 de Septiembre de 2018

Fdo: Alejandro Perales Martínez

Índice

Introducción	5
Cuerpo principal	
Capítulo I: Gigantes	9
Capítulo II: Bosques	22
Capítulo III:	35
Epílogo	46
Bibliografía	50
Glosario de referencias	53

INTRODUCCIÓN



Desde el primer momento en que el hombre se asentó en un lugar, desde que se estableció la primera sociedad, desde que el sapiens se descubrió a sí mismo como un ser social, la humanidad se ha visto instalada en un mundo no exento de complejidad en el que la arquitectura y el urbanismo han sido protagonistas.

Quizás la primera muestra de arquitectura trascendente tenga que ver con el misticismo. La fascinación por los elementos, las fuerzas naturales, entes superiores que motivaron el “proto-arte” en los lugares distintivos que coincidían en todas las rutas migratorias. Los defensores de esta postura podrían situarse en la premisa de que el arte motivó el nacimiento de los oficios y, consecuentemente, la función y la técnica de un primario método empírico derivado del requerimiento cotidiano les dieron forma. O, más bien, esté relacionada con la necesidad instintiva de habitar bajo el parámetro principal de protección. Alegando la constante de guarecerse, incluso de forma temporal para los nómadas, podría postularse que el reflejo de arquitectura más antiguo reside en estas viviendas improvisadas que sustituían la construcción por el acondicionamiento y la estrategia de elegir correctamente el emplazamiento. Una cueva, un valle, una meseta, cualquier lugar que presente las características deseadas para evadir diversos peligros y fomentar la mayor parte de oportunidades.

En estas hipótesis se encuentra también la duda que acompaña a numerosas ciencias. Como en el lenguaje, las escuelas difieren en responder claramente a la hora de establecer si la arquitectura y el urbanismo son ciencias humanas o ciencias naturales. La escuela estructuralista del lenguaje, derivada de las teorías de Ferdinand de Saussure, aproxima la habilidad de comunicarse como un desarrollo intrínsecamente humano defendiendo la inmanencia lingüística. Otros, como Noam Chomsky, defenderían la cualidad del lenguaje como una consecuencia natural de la evolución cognitiva del ser humano.

De la misma manera puede plantearse la duda para el campo de la arquitectura. ¿Se trata de un desarrollo puramente humano ligado al intelecto? ¿O, es la capacidad de construir y de generar espacios una muestra de mayor profundidad dentro de un código evolutivo que, aun habiendo alcanzado cotas de mayor envergadura, pertenece al entorno natural? La pregunta exacerba en filosofía generando más temas de discusión a niveles de cognición y de metafísica antropológica. Sin

embargo, no es el objetivo de este texto ahondar en estas premisas tanto como plantear la importancia de todos estos parámetros ligados al ser humano como foco generador y de desarrollo de la arquitectura y el urbanismo a través de la historia.

No cabe duda hoy en día de que la arquitectura bebe de las corrientes culturales del tiempo al que pertenece. Así mismo, no puede plantearse el urbanismo fuera de un contexto social, ya que es su algoritmo principal. De esta forma, admitir el peso de la sociedad en el oficio de construir parece algo obvio. Incluso cuando las respuestas que ofrece una obra salen fuera del momento preciso en el que se plantean, la afección suele atender a remembranzas de una historia pasada o la imagen ficticia de una historia futura.

Ante estas premisas, cabe pensar en el conjunto social que representa la cultura como en un sistema de variables que se afectan mutuamente en una red de relaciones extremadamente compleja. Cualquier cambio en alguna de ellas produce movimiento en las demás y, cuando esto no pasa, se encuentran situaciones de desequilibrio que contradicen el funcionamiento de toda la maquinaria.

Ahí, un cambio de la mentalidad cultural de una sociedad puede afectar tan profundamente a las corrientes artísticas que producirían el nacimiento de algo nuevo. O un hito tecnológico es capaz de revolucionar las artes y el modo de construir hasta el punto de metamorfosear la cultura y producir un nuevo tipo de sociedad. Una imagen diferente en la morfología de una ciudad o una sociedad concreta puede establecer el modo de vida en la que sus individuos la habitan.

Un periodo de postguerra, la aplicación del metal en la técnica constructiva, la reconstrucción de Chicago tras el incendio, son ejemplos de lo anterior, de la capacidad que cada variable del sistema para alterar el curso de las demás en algún momento concreto. En la antigua Roma, la arquitectura y el concepto de ciudad imponían la cultura a la que pertenecían asentando las conquistas mucho más eficientemente de lo que un ejército podría conseguir. En la modernidad, las nuevas concepciones abstractas del arte, con el neoplasticismo, el cubismo, etc, afectaban la mentalidad de una nueva generación de arquitectos que propiciarían la aparición del racionalismo en los edificios. En Florencia, el bagaje religioso de la burguesía y su afán por las demostraciones de poder iniciarían un esplendor de mecenazgos permitiendo la libertad creativa de genios como Brunelleschi o Alberti.

Las condiciones que envuelven cada muestra arquitectónica, cada conjunto de elementos que conforman un asentamiento humano, se

refieren a una cualidad inherente a la especie y a todas las condiciones que le afectan.

Los valores antropológicos se incluyen en los diseños, consciente o inconscientemente, a través de la percepción de la realidad de cada individuo imbuida del peso que la cultura de su sociedad le aplica. Cabría pensar en una nebulosa de ideas y recursos que, como en la formación del universo, se precipitan para generar estas obras a lo largo del tiempo.

El ejemplo mismo de Alvar Aalto y la herencia escandinava habla de la climatología como un fuerte influyente para la construcción y la aplicación de los materiales. Se podría argumentar a su vez, que esta condición particular se incluye en el marco cultural siéndole propia a la sociedad que allí se emplaza y ésta, a su vez, ejerce de referencia pasiva en el transcurso de la historia para fomentar la aparición y el afianzamiento de una tradición constructiva que se perpetúa en el tiempo como una variable maleable, aprendiendo de la experiencia y de las nuevas corrientes y procesos de cambio en los sistemas que la contextualizan.

Así pues, la razón de este texto radica en la exploración subjetiva de unos pedazos de historia del S. XX atendiendo a la vivencia de algunos espacios que se han escogido como escenarios de los sueños que aquí se presentan. En ellos, la trama gravita hacia la idea de la necesidad de estos sistemas para dar sentido a la condición social humana, como recurso fundamental de diseño.

Los motores de la ciudad contemporánea emergen de un caldo primigenio donde hay una multiplicidad de elementos que son necesarios e indispensables para la presente realidad de la especie humana. Así, la habitabilidad de los diferentes lugares mencionados en el cuerpo principal se presenta a través de una ficción que insiste en forzar estas premisas, dando pie a un cruce calmado de disciplinas.

En potencia figurativa, el escrito busca a su vez extraer referencias directas omitiendo los nombres propios y los datos sustantivos directos con la intención de evitar así uno de los niveles de prejuicio que acompañan normalmente a estos elementos. Desterrando la idea dogmática del concepto como paquete de información preestablecido, vaciar el contenido de referencias tratará de posibilitar una interpretación más laxa de estos apuntes subjetivos.

Es en ese nivel de consciencia abstracta donde la percepción, ligera, descentralizada, desencadena la forma de un relato que, como un sueño, acontece como un evento puntual que otorga sentido a cada elemento singular mientras permanece presente y solo deja lugar a la interpretación

Capítulo I

GIGANTES

El aire frío acompañaba el tráfico entre el trazado de las calles de la ciudad mientras esperaba para cruzar la calzada. El invierno parecía llegar a su fin anticipando en las pequeñas flores de los árboles la llegada de la primavera. Al inicio de mi viaje jamás consideré la opción de volver a este lugar, pero lo cierto es que posee una trascendencia única en la historia.

Se erigían ante mí una serie de bloques cuya envergadura se veía acentuada por la dimensión de la vía. Se trataba de un espacio impresionante, diseñado para un tránsito a mayor velocidad dado el tamaño de la metrópoli. No se veían muchos peatones, sin embargo la ciudad estaba viva, se movía con el flujo de los vehículos que atravesaban el asfalto en frente mío.

En esa espera me llegó el recuerdo de algo que alguien me dijo una vez: "La forma de vivir un espacio, el territorio, responde a cómo se organiza el mismo, como se concibe el funcionamiento de la ciudad". Lo cierto es que la sociedad misma posee unos parámetros, una conciencia que aglutina a su vez esas directrices con las que se conforman las ciudades. En el caso particular del lugar donde me encuentro ahora, la ciudad dispone de unas bases muy sólidas, muy claras, un ejemplo para el futuro del desarrollo de otras, un hito en el tiempo.

Cruzando ya el paso de peatones me acercaba a uno de esos bloques que amurallaban la calle. Se levantaban con un color blanco ligeramente manchado por el paso del tiempo, por la acción de la industria o simplemente por las lluvias, tan comunes en esta época en la ciudad. Quebrado, se retranqueaba a lo largo de la calle generando plazas de grandes dimensiones a donde observaban las ventanas. Asombraba percibir la contracción y dilatación de estos espacios que desarrollaban grandes explanadas verdes a la sombra de los edificios que los limitaban y, a la vez, los generaban. Recordaba ese lugar de la primera vez que estuve, aunque no era fácil. El carácter tan similar de las tipologías de los bloques y los parques hacía difícil distinguir dónde estaba sin tener que mirar la dirección de la calle. No obstante, un ojo acostumbrado a los detalles gracias a la experiencia es capaz de apreciar alguna sutileza en las fachadas, un árbol en una posición determinada y una terraza con mesas redondas y sillas de fundición que avecinan el café que era el destino que, de hecho, estaba por alcanzar.

Allí, recogido hacia la esquina interior de uno de los edificios, el tráfico quedaba lejos y el viento no conseguía llegar. Frente a la vista del parque tomé nota de mi café y me imbuí de un silencio tranquilo mientras observaba cómo se realizaba la cotidianidad de sus habitantes en la ciudad.

A estas horas, con el sol casi en lo más alto de su recorrido, había algo de bullicio en el entorno. Unos jóvenes se refugiaban bajo la sombra de un gran sauce, una pareja acompañaba con risas los ladridos de su perro, unos niños jugaban en la explanada con una pelota de tantos colores que eran imposibles de contar y, a mi lado, las mesas se iban llenando conforme llegaban nuevos clientes. El camarero se apresuraba a tomar la nota de los recién llegados, intercambiaba algunas palabras, alguna carcajada y siempre, una sonrisa. Ya tenía mi café frente a mí, humeando sobre el ambiente frío, aunque no desagradable, que se mantenía entre las mesas.

En aquel lugar se producía una situación interesante. La ciudad tiene unas grandes dimensiones. No hay más que decir que está diseñada para 3 millones de habitantes¹. Pero, en medio de todo ello, estos bloques generan unas bolsas de comunidad cercando el espacio. Tiene un cierto sentido reducir las relaciones de la población a entornos de características más humanas. Sin embargo, la distancia que existe de una crujía a otra, en el punto donde se sitúa el café, es enorme. Se podía ver el bloque enfrente, lejos, separado por una gran mancha verde que se interrumpía puntualmente en el trazado de la calzada que cruzaba por en medio. Después, otro gran parque y el gran edificio que lo limitaba en el espacio. Como un espejo, la imagen que se me ofrecía delante habría sido idéntica a la que estaba a mi espalda de no haber sido por la imagen de las grandes torres que, en la distancia, emergían por detrás del edificio residencial, evidenciando su altura que incluso en la lejanía, era capaz de superar el nivel de los bloques que ahora me rodeaban.

Recuerdo haber visitado las torres cuando llegué por primera vez. Imponentes, idénticas, colonizando el cielo y la presencia en el horizonte. Veinticuatro torres desde donde la ciudad confluye, alrededor, como dando homenaje a sus gigantes. La distancia entre cada una era casi tan impresionante como su propia altura. Recuerdo que mi acompañante llegó a proponer ir en coche para visitar la de enfrente de aquella por la que habíamos salido. Me explicaron que era el centro de la ciudad, donde se desarrollaba el trabajo y la economía del sector terciario. Enormes explanadas se extendían entre ellas, y la visión de los primeros bloques residenciales que cambiaban el trazado se percibía absurda. La ciudad estaba obviamente diseñada para el desplazamiento rápido, con el tráfico rodado. Las distancias que separaban estos ambientes tan distintos por similares eran inasumibles tanto por la medida objetiva como

por la mirada subjetiva.

Me hablaron de una carta². Unas directrices escritas que asumían la tarea de protocolo para la organización del territorio. La tabla esmeralda de la modernidad definía sin grises los espacios asociándolos a la vida social. Y para ir de una zona a otra, había que circular.

Más de uno podría contradecir un funcionamiento parcial, pero la realidad es que la construcción de la teoría responde de forma directa a una gran parte del desarrollo social y al funcionamiento de esta concepción. Así, desplazarse a distintos niveles por el territorio, saltando en la velocidad del medio de comunicación dependiendo de los descansos que acompañan al trabajo, habla de una realidad presente incluso fuera de los sueños. De todos modos, la necesidad de incluir la velocidad hasta en los ambientes más pausados quizás pudiera no encajar con la interpretación de la imagen de la sociedad tanto como la sombra que proyecta en la caverna³.

Y esa sensación de desconexión con la destinación humana que debe poseer una ciudad se interpretaba en los paseos que di por sus calles. Observando la traza del asfalto perderse en una perspectiva frontal infinita que se rodeaba de un inmenso tapiz verde y se acentuaba, aún en sus retranqueos, con las murallas que las rodeaban.

Sin embargo, allí en el café, mientras daba un sorbo y calentaba mi cuerpo, la sensación que otorgaba la luz y la actividad del parque era distinta. La distancia entre los bloques permitía que el sol nos acariciase con facilidad y los propios edificios parecían agradecerlo.

No tardé mucho en retomar el camino. Abusar de la contemplación genera aprendices de intelectuales expertos en la ignorancia. Dejando atrás el café, el saucisson, una taza vacía y una propina escueta, me encaminé hacia las afueras de la ciudad, donde el trazado cambia. Atravesando las calles, en una monotonía de avance pesado, no pude evitar pensar, con una ligera tristeza, en la ausencia de significado que otorgaba carencia de historia. Escuché en una ocasión que una ciudad es la suma de la forma que posee, un recuerdo de la historia de su desarrollo que se plasma en el tejido que la compone⁴. Algo que, sin lugar a dudas, no estaba presente en aquel recorrido de una única tipología.

Como un sistema organizativo, la teoría prometía cosas que se cumplían a la perfección. Pero en detrimento de la función social, la complejidad de la cultura que acompaña a la sociedad se constreñía ante la simplicidad de un sistema que busca la universalidad. El desarrollo de un sistema se ve ligado por el funcionalismo estructuralista⁵ que balancea la búsqueda de un equilibrio que se convierte en costumbre al imponerse como un cimiento.

Olvidar unas dimensiones sociales no implica que éstas no existan.

Como fuere, al llegar a mi nuevo destino el sol ya se encontraba bajo y la luz que había resplandecido en el café, tomaba el carácter de toque de queda para aquellos que aún quedaban por las calles. El tráfico había crecido por otra parte. Debía ser la hora en la que terminaba la jornada laboral y los coches se amontonaban para llegar a sus distintos lugares de reposo.

Al cruzar el último de los grandes bloques, se abrió ante mi otra escena compuesta por edificios en forma de manzanas⁶. Recordé que ya había estado ahí. Estas villas estaban formadas por dúplex. Era un cambio de tipología. Otro tipo residencial rodeado de calles que reducían el verde considerablemente. El espacio se debía de generar dentro, donde existen los jardines y la comunidad.

Alejándose del centro, la ciudad parecía privatizar el espacio. La variación tipológica alternaba un modelo distinto a otro, no se trataba de un salto de continuidad temporal como una forma diferenciada del trazado ni tampoco una inclusión diferenciada, si no como un modelo de recursividad que utilizaba otro elemento sin alterar el sistema.

Sin embargo, esta tipología confería un carácter bien distinto a la imagen de la ciudad. Las grandes aperturas en fachada de dos alturas generaban unas terrazas que imponían un diseño que primaba la luz. Como si se tratasen de viviendas unifamiliares apiladas, estas viviendas tenían dos caras: una a la calle y otra al espacio privado interior.

Como si fuera en ese mismo instante, me vino a la memoria aquel individuo de gafas gruesas redondas, pelo ralo y pajarita que me observaba mientras visitaba una de esas casas. Me dijo que el funcionamiento de esas comunidades se fundamentaba en la comunidad y, a su vez, en la vivienda aislada. La luz y la ventilación entre los espacios públicos y privados, generar niveles de privacidad. Incluso apareció en una exposición, me dijo.

Tenía la capacidad de convencerte de que todo aquello que decía era cierto, casi hablando con la voz de Trismegisto⁷ cada una de sus palabras cobraban sentido conforme las pronunciaba.

Aun así, la organización racional de un único modelo, como ocurría en las calles de donde había venido, generaba una situación que en contexto urbano restaba a la calidad de la propia vivienda, que atendía a unos principios de calidad más que loables.

La persecución de una buena calidad urbana pasa por la propia arquitectura tras el desarrollo de un paradigma organizativo que entiende

el entorno social como la suma de muchos factores. La pérdida de cualquier variable siempre altera el sistema. De todos modos, no podía negarme a reconocer una maestría de ejecución formal. Cada paso hacia el interior del barrio hablaba en una misma lengua, pulcra, pero en un solo tono.

Observé en mi paseo cómo alguien recogía las prendas que, hasta hacía poco, habrían estado colgadas al sol para secarse. Un par de personas corrían en dirección contraria a la mía vestidos con un chándal que les delataba como deportistas. Decidí tomar esa dirección también, considerando encontrar algún espacio natural al que se dirigiesen para realizar su ejercicio.

No tardé demasiado en encontrar el parque. Una descomunal explanada que, como toda la ciudad, era plana.

Se percibía un modelo diferente en el trazado de este espacio verde respecto a los anteriores que había recorrido para llegar ahí. Mientras la organización estructural de los parques frente a los bloques lineales se trataban de explanadas verdes integradas en un tejido urbano, éste desarrollaba otra morfología con tránsitos, la disposición de los árboles y por el tamaño⁸. Y aunque no perdía el carácter urbano al que pertenecía, daba la impresión de que estaba actuando de límite.

Hace tiempo que escuché que el tratamiento que reciban los espacios naturales afecta a la percepción de ellos y en consecuencia a su uso. Ha de reconocerse la pertenencia a la ciudad en cada contexto. De no ser así, el uso del mismo puede verse alterado.

Ciertamente, hay quien no comulgaría con esta idea. Filosofando se puede encontrar que la idea de vivir un lugar concreto no depende tanto del lugar como del valor que esta sociedad le dé. Atribuir a un espacio un valor tiene que ver con la cultura, sí, pero también ha de reconocerse la capacidad del mismo para afectar a la propia interpretación que se realiza⁹.

Por ello, sorpresivamente, me encontré ante un escenario que, de alguna forma, me estaba liberando de la monotonía tipológica que imponía la urbe. Con gusto me adentré por los caminos, hacia una extensión verde que no parecía tener fin.

En aquel entorno, la naturaleza parecía haber ganado algo de fuerza, resistiéndose ligeramente al dominio de la racionalización. Grandes troncos levantaban copas mucho más grandes que las que había en la ciudad. El orden lineal que predominaba dentro del trazado urbano se disipaba por momentos por los sinuosos caminos que recorría y por como brotaba

la vegetación, sin responder a un patrón euclídeo claro. Lo orgánico se alejaba de la civilización recorriendo vías estrechas de tierra, rodeando piezas de agua en el suelo, aproximándose al sonido de los pájaros que despedían el día.

Tras un tiempo caminando, avanzando entre los árboles, de nuevo noté el frío. La temperatura estaba descendiendo de nuevo conforme el sol se iba poniendo. Allí sí se notaba viento. Decidí regresar hacia la ciudad.

No hace mucho, en otro sueño, visité otro lugar donde la niebla no te permitía ver, en muchas ocasiones, el final de la calle. Un ambiente húmedo y frío que construía edificaciones de menor tamaño alrededor de parques que me recordaban al que estaba recorriendo en ese instante. Pasear por esa ciudad se antojaba una experiencia sumamente distinta. Recuerdo un núcleo relativamente pequeño, como una pequeña urbe de funcionamiento independiente que se volcaba hacia unas vías concéntricas que llevaban al centro, plagado de servicios¹⁰. Sin embargo, la sensación se percibía algo falsa cuando al moverte por la ciudad, cambiar de barrio, te encontrabas otro núcleo de las mismas características pero tan alejado del anterior que era imposible desplazarse sin el uso de un vehículo.

De todas formas, habría agradecido en ese instante la presencia de una calzada con movimiento. Las horas habían pasado sin darme cuenta y una escasa iluminación hacía a las sombras dueñas absolutas del silencio que se apoderaba del parque.

Me apresuré hacia la ciudad consciente de mi absoluta soledad pensando en que los gigantes de hormigón me tranquilizarían.

No muchas veces se es consciente de la necesidad de la comunidad. Algo que leí en un libro analizaba la situación por la que estaba pasando¹¹. Su autora defendía la necesidad de una escala de dimensiones humanas que permitiese la presencia de los edificios en el entorno. Las ventanas son los ojos de la ciudad, que observa las calles con una vigilia sumida en un mutismo absoluto. Así, la cercanía de un lugar habitado extiende en el lugar una sensación de calma que recorre tanto al individuo solitario que vigila las sombras como al que acecha desde ellas.

Ya atisbando los bloques de donde había partido antes de mi paseo por el parque, recuperaba el aliento a la vez que la tranquilidad, pensando en la exageración de la que había hecho gala con semejantes emociones. Pero aunque ya me encontraba entre los edificios y el gran espacio verde, no llegué a percibir las ventanas como los guardianes que definía aquel libro. Más bien eran otros observadores que seguían imperturbables mis pasos junto al murmullo del aire en las hojas de los árboles.

Al cruzar la esquina, me percaté, con un sobresalto, de un grupo de personas que se encontraban próximos a los edificios, situados en corro en el límite del parque. Noté como la conversación se diluía por algún instante mientras cruzaba por la línea perpendicular a su posición y luego, se retomaba otra vez.

Ciertamente, la presencia de los edificios había mejorado la sensación que me acongojaba desde la puesta de sol. Pero excepto en el instante que pasé por delante de una terraza que gozaba del uso que sus habitantes le daban para despedir el día con una conversación, la simple existencia de la infraestructura no era suficiente. Las dimensiones del parque y de las calles, sumados a la escala de los edificios, le daban al entorno una apariencia impersonal.

Pensé que la sensación de seguridad tiene que ver con la presencia humana, la percepción de bullicio en sentido cotidiano. Una ventana puede mirar a una calle, pero la cercanía social no se produce por el hecho construido, sino por la imagen de un contexto que permite un control del espacio que te rodea.

La desmesura de las áreas urbanas genera un sentimiento de no pertenencia que amenaza con aprovecharse de la soledad. Quizás la propia dimensión de las vías implica un desplazamiento rodado y desvirtúa la acción lenta, propiciando que la actividad humana no se desarrolle fuera de los núcleos habitacionales.

Tampoco se veían muchos vehículos. Consideré la opción de que la proyección de la zona como puramente residencial alterase a su vez las relaciones humanas. Al no tener usos de actividad colectiva que colaborasen en el movimiento de la comunidad, toda la zona quedaba relegada al uso doméstico y apagaba los espacios públicos, dejándolos casi como una imagen de fondo, un contexto vacío donde se emplazaba la vivienda.

Acercándome al centro, la imagen de inseguridad comenzaba a desaparecer paulatinamente. La presencia de un restaurante, una tienda abierta, algo más de iluminación y el movimiento humano que conllevaban estos servicios daban a la calle otro carácter que se antojaba vivo.

Paré un instante a preguntar por la estación. Me dijeron que no estaba muy lejos. Había de seguir el lateral del gran parque hacia las grandes torres del centro de la ciudad y allí se encontraban todos los medios de comunicación: autobuses, estación de tren, grandes aparcamientos de vehículos.

Con la mirada fija en aquellos 24 gigantes continué mi última caminata por la metrópoli sin poder evitar, por un momento recordar mi visita al centro financiero.

Observarlas desde su base hacía frecuente las contracturas en el cuello. No sabría decir si era más impresionante la altura que alcanzaban, las enormes explanadas que las rodeaban, que fueran tantas o que fueran idénticas. Como fuese, el espacio parecía sacado de la ciencia ficción. Por otro lado, pensé, la cantidad de bullicio alrededor de sus entradas era incalculable. Gente vestida de traje entraba y salía, paraban a atarse los cordones, alguno incluso se detenía por momentos a mirar a su alrededor, como desorientado. Pocos paraban a hablar si no iban en una conversación desde el inicio.

Impresionantes estructuras de acero y vidrio que se perdían entre el reflejo del azul del cielo.

Cuando entré dentro, tuve la oportunidad de observar la cantidad de luz que se adentraba a través de sus paños de cristal. La imagen de la ciudad era impresionante desde las alturas. Parecía que se hubiese dibujado un cuadro geométrico sobre un fondo verde. Admito que quedé asombrado. La pulcritud de aquella racionalidad hacía entender un funcionamiento totalmente estructurado. La visión desde esa altura era muy diferente a la que había a nivel de suelo. Una mirada aérea hablaba de conceptos distintos a la hora de realizar un juicio sobre el diseño.

Me percaté también de que la estructura de la torre era distinta a lo que había pensado desde un inicio. Los pilares de esas oficinas se veían repartidos por el interior con una impresionante sección de hormigón. Desde el exterior, en cambio, la imagen ofrecía una ligereza que no correspondía a la realidad¹².

Era un modelo atractivo. Simple y racional. Útil.

Alguien me dijo que se había instaurado como tipo de edificio de oficinas. No era de extrañar. La construcción no hacía florituras ni exageraba ningún detalle. Aprovechaba la luz y el exterior se acoplaba al interior de manera natural. En la simpleza radicaba su belleza.

Sin embargo, escuche en boca de más de una persona críticas muy intensas al diseño. Escuché la consideración del ejercicio repetitivo como una trampa del beneficio económico que desdeñaba la calidad. Y ciertamente, se podría afirmar que el límite del minimalismo es su fin último y su medio fundamental.

Un filósofo¹³ argumentó una vez que la búsqueda de un mecanismo formal implica que cada fin se convierta en el medio del siguiente en aras de alcanzar el desarrollo pleno e instaurar, entonces, un modelo básico. Sin embargo, el proceso acaba cuando medio y fin coinciden. En ese contexto, la simplificación como herramienta puede llegar a considerarse, y así ha sido por numerosos personajes, una paradoja que colapsa. Así, bajo este pretexto, no se compondría una base formal, sino un modelo limitado a su propio significado.

No le faltaban detractores entre los visitantes. Pero tampoco admiradores. El ejercicio de simplificación era una obra de maestría intelectual.

Pensé que la realidad podía considerarse en un punto medio que hablase más de la subjetividad de las interpretaciones que del objeto en sí mismo. Tergiversar el significado es fácil, más si existe un interés económico que pretende incluso exagerar un minimalismo límite rebajando la calidad del resultado para favorecer su beneficio. Esa sería la razón principal de la copia indiscriminada y, a su vez, de la interpretación barata.

Con todo, desde aquella distancia, la imagen que ofrecían las torres iluminadas en el horizonte les daba un carácter de importancia. El núcleo de la vida en ese entorno era, obviamente, el trabajo y el ejercicio económico. La función de todo el conjunto asumía unos roles sociales que hablaban de la sociedad moderna con claridad rotunda.

Al llegar a la estación, me sorprendió la cantidad de actividad que se gestaba. Parecía que el transporte no dormía. Los vehículos entraban y salían de las naves, camiones llegaban y se iban tras unos instantes. Contrastaba con la quietud de los inmensos párquines a los laterales, vacíos y oscuros. A un lado las torres, al otro el inmenso parque que había ido dejando a un lado mientras avanzaba.

Pregunté en la taquilla para un billete de vuelta tras esperar mi turno en una fila que avanzaba lentamente. Los rostros de aquellas personas parecían más claros que los que había observado dentro de la ciudad. La mayor parte mostraban entusiasmo al desembarcar en la ciudad, algunos dibujaban tristeza en los rasgos esperando que el tren les sacase de la metrópoli, quizás por abandonarla o quizás por decepción. Otros exhibían alegría y la emoción de un viaje fructífero e iluminador. Tal era la capacidad de esa ciudad que nadie salía ni entraba indiferente.

Esperando ya la llegada del tren consideré este aspecto. Fuera como fuese, la maestría no dejaba a nadie indemne. La capacidad de ejercer influencia a semejante nivel, ya fuera para bien o para mal, es el aspecto más notable de un hito.

A partir de esa agitación se producen eventos que propician un cambio, un avance o, tal vez, una reinterpretación, una crítica, un retorno¹⁴. Incluso la aceptación lleva a un camino que desarrolla valor por sí mismo.

En muchas ocasiones se ha dicho que la polémica activa el desarrollo. Un hecho que rompe un estándar canónico es necesario dentro de un sistema que nunca frena. La sociedad lleva un ritmo que es retroactivo con la cultura que crece en ella y con el territorio donde se asienta. Organizar un asentamiento humano implica por necesidad la comprensión de dicho sistema, y la genialidad, por su parte, marca la diferencia al entender también hacia donde avanza.

Volvió a mi mente aquel hombre de traje de franela y rostro serio. Lo imaginé mirándome mientras esperaba sentado en la estación, desde arriba, como mirando a una figura dentro de una maqueta gigantesca. Colocando otras figuras en otros lugares de la ciudad, moviendo un bloque de un lado a otro. Vi como dinamitaba su mundo dando lugar a una auténtica revolución. Cómo prosperaba su carta de directrices y cómo crecía la disidencia.

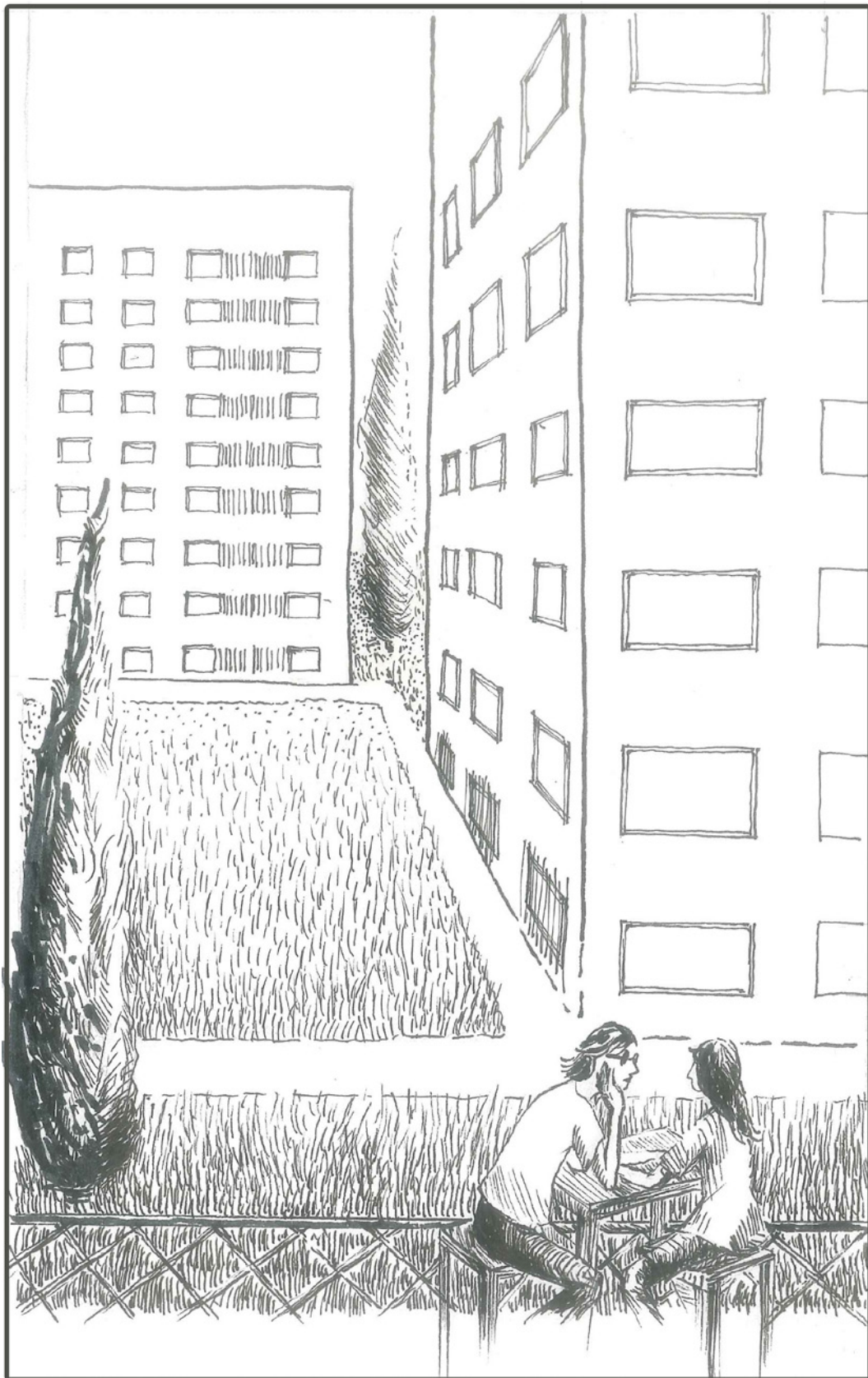
Una respuesta que buscaba principios humanos, métodos orgánicos, escalas reducidas, cobraba fuerza difuminando la dicotomía existente en la ciudad y rechazando la unicidad tipológica. Bajaban a nivel de suelo y extendían una red que crecía ramificándose¹⁵.

Otra rechazaba en futuro como una necesidad de cambio y volvía sobre sus pasos para investigar otros métodos ocultos en la historia¹⁶.

Y, por su parte, la defensa se organizaba para reafirmar unos principios puros que se habían conformado a través del tiempo como imagen de modernidad. Era un movimiento internacional asediado por la explosión proveniente de la significación del lugar que acababa de visitar.

Una vez en el tren, de camino hacia la salida de la ciudad, volví el rostro para observar por última vez la imagen que arrojaba. Los edificios se veían como sombras salpicadas de algún que otro recuadro de luz de alguien que no podía dormir rodeados de las arterias que se destacaban a través del recorrido de la iluminación que las acompañaba. La perspectiva frontal desde el parque que estábamos atravesando enmarcaba de forma majestuosa las torres frente a un fondo contaminado de las lámparas que acogía la ciudad y en contraste con la oscuridad que ahora nos estaba envolviendo a mí y los demás pasajeros.

Con un último pensamiento de admiración, aparté la mirada de la ventana, sabiendo que no olvidaría nunca el viaje. Me puse de costado, recliné el asiento, cerré los ojos y me dispuse a despertar.



Dibujo del autor

Capítulo II

BOSQUES

Agarrándome con fuerza al pasamanos del tranvía, descendí recuperando el equilibrio tras el frenazo que marcaba mi parada. En ese ambiente, la respiración se dejaba notar con la presencia del vaho que acompañaba cada exhalación. El cielo no mostraba ni una sola nube, pero el sol no calentaba demasiado. Todo en el lugar hacía notar un clima propio del norte¹⁷.

La vegetación, de un verde oscuro intenso crecía en los parterres dando vida a cada rincón del barrio. Grandes árboles de hoja perenne se alzaban por encima de los edificios que se acomodaban en el suelo.

Saqué el mapa y observé la calle en busca de la confirmación de la dirección con los ojos entrecerrados para evitar el daño que el reflejo de la luz en las ventanas y el suelo podía hacerme. Con un rápido movimiento, recogí el papel y comencé mi recorrido.

Tiempo atrás, un buen amigo me habló del lugar. Dijo que la vida era agradable si no te molestaba el frío y los largos periodos de noche. Había gente en la calle, pero parecían muy ocupados en llevar su propio camino dejando atrás trazas fugaces de vapor que salían por sus bocas.

Anduve por las calles observando el lugar.

La vegetación hacía gala de su presencia en cada momento. A mi derecha la hierba crecía en un parque en medio de los edificios, ejerciendo de límite natural al camino que marcaba el asfalto, por donde yo caminaba.

A mi izquierda, los edificios aparecían sobre otro manto verde como una roca. No eran muy altos. Al principio consideré un tipo de casas tradicionales a dos aguas en un barrio residencial muy tranquilo. Sin embargo, percibí enseguida un lenguaje moderno en la composición de bloques que se plegaban y ofrecían la cara más característica del tejado.

Contrastaba la alfombra natural donde se levantaban las viviendas con el tono rojizo del ladrillo y el blanco de las paredes de los bloques. La apariencia dialogaba con calma a través de una imagen que le era muy propia a la región, pero que hablaba en un lenguaje moderno¹⁸.

Unas niñas recorrían ese mismo camino montadas en sendas bicicletas idénticas. Asumí que serían hermanas. Al otro lado, saliendo de una de las

viviendas, un anciano cargaba la bolsa de basura para llevarla a algún contenedor cercano. Y enfrente, al girar el recodo en la vía, alcancé a observar, dentro de una de las plazas que generaban los bloques, una pequeña reunión de gente que conversaba y se reía. Con alegría, saludaban a las niñas que ya se habían adelantado un buen tramo desde mi posición.

Los edificios se plegaban unos con otros, creando espacios entre ellos que actuaban de atrio de las viviendas. Los bloques, cerraban el lugar como un panal y ofrecían a su cara ventanas de distintos tamaños que permanecían cerradas, seguramente a causa del frío. La altura de los edificios, de tres pisos, y la escala reducida de estos espacios entre ellos otorgaban al lugar un carácter de intimidad intenso. Recorriendo desde fuera a través del trazado de la calle, estas plazas se ofrecían a cualquiera que quisiera deambular por el lugar, pero, curiosamente, esa apariencia de comunidad que ofrecían, disuadía de perturbar la confianza que los habitantes depositaban en su entorno más inmediato.

El control del lugar era una muestra envidiable de desarrollo social y comunión vecinal¹⁹. Cada pedazo del barrio constituía un ejemplo de diseño humano. Por otra parte, había algo tras esos edificios, ese lenguaje moderno que hablaba también de una tecnología que no podía obviarse en el tiempo.

De todas formas, al final me cansé. La actividad que allí se desarrollaba pertenecía a los habitantes del lugar. Imagino que mi amigo disfrutaría el lugar habiendo residido en alguna de estas casas. Pero para mí, la monotonía del lenguaje tipológico y la ausencia de usos de relación de carácter menos privado me estaba aburriendo un poco.

Pensé en otros ejemplos de barrios residenciales. La proyección de un tipo único de uso lleva a extrapolar los demás a otro emplazamiento y eso estaba ocurriendo allí también. La vida comunal parecía satisfactoria, pero no ofertaba muchas variaciones en la actividad cotidiana.

Al poco tiempo me decidí a explorar otras áreas. Era interesante observar las relaciones personales en aquel lugar. Eran intensas, afables y cerradas, muy cerradas. No observé grupos muy grandes de personas en mi trayecto. Probablemente la climatología influye en el rumbo social, la construcción de la cultura y, a su vez, en los mecanismos de proyección urbana.

Llamó mi atención un edificio muy característico. Con sorpresa, advertí algo extraño respecto al resto de ejemplos contruidos que había ido pasando²⁰. Frente a una integración perfecta en su entorno, se advertía también un pedazo de historia que no pertenecía al lugar, ni al tiempo.

Con una gran fachada que abría enormes y numerosas ventanas y una entrada de grandes dimensiones, lo que más llamaba la atención era la coronación con una cúpula. Aunque sería más correcto decir una rotonda, ya que se trataba de un cilindro rojizo, como el resto de la fachada, la realidad sugería una visión que daba al recuerdo de una construcción de corte clásico coronado por una cúpula.

Debería tratarse de un edificio público, así que me aproximé para entrar.

Desde una distancia menor, la monumentalidad que ofrecía no mermaba en absoluto. Y, aunque la construcción era grande, no era masiva. Los tonos ocres colonizaban la fachada dibujando una mampostería donde encajaban las ventanas. Unos escalones de granito daban acceso al edificio, a través de un gran marco rectangular de piedra. Acerté a pensar que era un lenguaje moderno adaptado a una tipología que pretende un concepto relacionado con el mundo clásico. Y así resultó ser cuando, tras el acceso, descubrí que me hallaba en una biblioteca.

No sé cuánto tiempo dejé pasar en la estancia principal. Había mucho que observar, la multitud de libros, las personas, en silencio, acercándose a una estantería, leyendo. Pero lo más destacable de ese lugar era la monumentalidad casi sacra que le confería la rotonda encima de nuestras cabezas. La textura de los volúmenes que se apilaban en las baldas contrastaba con la textura que adquiría el perímetro del cilindro, blanco, con escamas, con un gran lucernario de luz cálida rodeado de ventanas. La solidez del yeso y la pintura se fundían con la calidez de la madera del mobiliario, otorgando un ambiente muy diferente al del exterior. Los detalles de los colores con los que se pintaban algunas maderas, rojos, verdes, amarillos, hablaban todos del mismo sistema de acoger una temperatura agradable para el interior.

El lugar entero disfrutaba de su uso, ofreciendo un espacio que relacionaba el significado con la función.

Y así, mientras salía de nuevo a la calle, reflexionaba sobre las ideas que una vez leí para con la relación del carácter de las formas⁴. En una idea platónica, la representación de la idea pura viene asociada a un concepto que contiene la esencia de aquello que realmente es. Por ello, el tipo en la ciudad, se trata de un hito que representa una función a través de la forma.

No cabe duda de que algo de razón existe en esas afirmaciones. Como el lenguaje de las lenguas romances, establecer un concepto aglutina elementos característicos que se expresan de una manera simplificada para referirse a un conjunto de ideas que subyacen en una memoria colectiva. Hablar de la singularidad implica una imagen destacable, una

sensación transmitida por un común acuerdo. Y son esos elementos los que conforman un tejido reconocible en el trazado de la ciudad.²¹

No obstante, la realidad puede pasar por diversos filtros, y a la vez que se pregunta si el huevo vino de la gallina, cabe reflexionar sobre la cuestión de fondo de los significados conceptuales. Otro autor comentaba que los valores los impone la vivencia⁹. De esta manera, una forma no sería causa de la función, sino al revés, y no tendría por qué deshacerse el sistema subyacente. Aun así, los defensores de esta postura habrían de admitir que el costumbrismo y el hábito hacen de la experiencia una verdad y, al final, cómo un proceso lineal, la significación se asocia por el peso de la cultura a un concepto, un tipo.

Tomando de nuevo el tranvía, observaba el bullicio que presentaba ahora la ciudad. En las horas más cálidas del día, la gente salía a caminar, a disfrutar de su entorno o a tomar algo en algún bar de ambiente tranquilo. Eso sí, nadie parecía suficientemente valiente como para quitarse el abrigo.

Llegué a lo que parecía el centro del bosque. Enseguida reparé en el edificio que se alzaba allí, rodeado de árboles²². Construido casi por entero en ladrillo se fundía con la naturaleza con una sutileza magistral. Se veía que era un edificio público, pero la escala no era muy grande, lo que contrastaba con el carácter monumental que adquiría a través del entorno y el acceso general. Construido como una escalinata que accedía a una plaza interior, el detalle de mantener la coherencia de la relación con el verde residía en dar continuidad al suelo de césped, incluso en los escalones.

Como si de una villa romana se tratase, el patio generaba una plaza interior que hacía las funciones de atrio. Algo que como comprendí poco después, confería un sentido alegórico al edificio, cuyo uso albergaba un ayuntamiento.

Siendo la representación comunal de toda la sociedad de un municipio, no podía dejar de admirar cómo el equilibrio de las formas jugaba a adaptarse al suelo y no conquistarlo.

Me vino a la cabeza la historia que escuché sobre alguien al otro lado del océano²³. Decían que había sido capaz de dar identidad a toda una nación a través de la arquitectura. Parecía un cuento de fantasía, pero viendo la composición de estos bloques, no pude dejar de pensar en cómo aquel individuo había trabajado la relación de la vivienda con la naturaleza. La ciencia que establecía el orden de las cosas, los parámetros, que se antojan a veces confusos y ambiguos de la disposición de los elementos. Aunque ahí es donde debe residir la clave de la teoría, en la interpretación acertada.

Pensé que aquel genio de otro continente, si llegase en algún momento a admirar a alguien, podría ser a la persona que había levantado esta obra que me contemplaba.

Atendiendo con la mirada, la obviedad de la modernidad se reflejaba en cada centímetro y, sin embargo, no podía dejar de estar más cerca de la tradición propia de la región. Las fachadas de ladrillo, los materiales cálidos del interior que se manifestaban en madera, repeticiones de aquellas cosas que había ido viendo anteriormente y que seguían presentes ahí. Interesante la captación de luz en los recorridos del interior, los paños de vidrio que buscan la luz que flaquea en el horizonte.

Me pareció, al estar dentro, que la escala cobraba un carácter doméstico. Cómo actuando en una vivienda, el espacio se desenvolvía con elementos y tratamientos que le pertenecían. Si bien es cierto que el uso nunca se desvirtuaba, la percepción de todos estas herramientas parecía afectar a los que se encontraban en su interior, dotando al lugar de una imagen de confianza y tranquilidad. La percepción de un ambiente conocido que permitía tanto a trabajadores como a visitantes, la oportunidad de sentirse cómodos en sus ocupaciones.

Abandoné el lugar con satisfacción, pero también con un pensamiento que requería de una opinión personal. Ligada a la interpretación de un lugar, se halla la respuesta que se da. Si bien, la aplicación de este edificio no tenía mella, parecía evidente pensar que no se trataba de una respuesta universal.

De ahí, la forma en este caso, aplicaba una función, sí. Pero parcialmente. Al tener el peso orgánico y la respuesta de la tradición, el encaje producido en el lugar se asumía como una prueba de subjetividad, ya que su aplicación en otro entorno, en otro clima, en otra sociedad con otra cultura diferente podría dar lugar a unas grandes incongruencias de contenido.

Es por ello que, con el discurso formalista del concepto en mi cabeza, pretender la idea de tipo universal, parecía acogerse a un principio extremadamente simplificador. Tras la visita a este edificio, indagar en un método racional que redujese la complejidad de cada sistema a unos pocos conceptos podría llegar incluso a parecer un desatino para muchos. Desatender los elementos singulares de cada constelación de ideas de una sociedad para conseguir un tipo común es, quizás, olvidar demasiadas cosas.

La idea de otorgar una respuesta sencilla, pero concreta, a una pregunta específica, comprende unas dimensiones que atribuirán unos valores que

darán un resultado mucho más ajustado a la demanda social.

De esa forma, la sociedad parecía agradecer y disfrutar de estos espacios. Cómo en el que estaba llegando mientras cavilaba²⁴. Un impresionante espacio común, con una gran plaza en pendiente que subía hacia lo alto, donde lo coronaba una iglesia. Se evidenciaba el carácter religioso del edificio en la cima con un gran campanario que emergía por encima de todo el conjunto destacando.

Daba la impresión de ajustarse a un modelo histórico un tiempo distinto y, no obstante, esa parte de la ciudad se veía claramente moderna. El uso de los materiales y el carácter de la construcción no daban lugar a dudas. Aun así, observar el terreno ascendente hacia una posición dominante donde se emplazaba el templo, sugería la imagen de un pequeño asentamiento medieval, un estilo conceptual que, como en el proyecto anterior, adaptaba la realidad de otro tiempo a los métodos del momento.

No solo ello. La disposición del terreno y de las construcciones que le daban vida hablaba de lenguajes que se entrecruzaban con sutileza. La pureza de cada bloque evidenciaba la modernidad, pero a la manera usual que había encontrado en este viaje: las formas se adaptaban al suelo en vez de dominarlo. La vegetación surgía con naturalidad al mismo tiempo que el hormigón.

A su vez, pude ver grandes similitudes entre los edificios que rodeaban y daban forma a la plaza respecto del ayuntamiento de ladrillo. Me pregunté si los habría proyectado la misma mente. En poco tiempo confirmé la duda al escuchar hablar a dos individuos que ya había visto antes.

Avanzando hacia el lugar más alto me percaté del juego que el recorrido me ofrecía para observar los edificios. La pavimentación, la disposición del césped, en incluso la posición de los bloques se referían a un ejercicio de perspectivas que atribuían movimiento a la plaza en vez de sumirla en una quietud estática. Incitaba a la realización de alguna actividad que se revelaba al mismo tiempo que caminaba como cívica. Una plaza para el pueblo que sugería historia expresada con la lengua moderna.

Tanto es así, que incluso llegué a percibir, antes de alcanzar la iglesia, un graderío verde que reflejaba el recuerdo de un ágora. Ahora no quedaba duda del carácter comunal de ese lugar. Todos los elementos susurraban su pertenencia a la ciudad, a la sociedad que la genera.

Una vez en la cumbre de la plaza, reparé en la cantidad de actividad que acogía el espacio. Grupos que cruzaban de un lado a otro. Personas entraban y salían de todos los edificios. Varios grupos de jóvenes charlando

alegremente sentados en las gradas que había visto subiendo.

Debía de haber terminado alguna ceremonia, ya que se empezaba a amontonar gente cerca de mí, saliendo por la puerta de la iglesia, hablando entre ellos mientras paraban momentáneamente en la plaza que se situaba enfrente y que miraba hacia abajo a todo el manto verde donde se desarrollaban las gradas.

El bullicio se trasladaba poco a poco desde mi posición, tras darse la despedida, por el camino que me había llevado hasta ahí, dejando el ágora a un lado, pasando por el lateral de lo que, oí, era un palacio de congresos. No había reparado al principio en que una amplia avenida, con tránsito rodado, atravesaba el eje transversal de plaza. Pero lejos de romperla, las personas que allí se dirigían, cruzaban con naturalidad. Ciertamente, la sensación que otorgaban la perspectiva y la pavimentación generaba una continuidad que tenía más que ver con un aspecto psicológico que con la realidad.

Y en ese juego de realidades se producía esos gestos particulares que daban a los peatones la seguridad de saber que los vehículos realizaban la misma interpretación del espacio. Una ficción aceptada por los integrantes de todo ese sistema que se transformaba en una realidad consciente en su aplicación cotidiana. Y ahí reside la clave de esas agrupaciones humanas.

En otra ocasión había oído hablar de las relaciones sociales en forma de ficciones²⁵. El carácter evolutivo de la especie ha llevado al desarrollo de una serie de ideas que conforman con su peso y su integración en los tejidos más profundos de la cultura la realización del ser social. Por ello, estas intervenciones que venía observando durante mi viaje se me antojaban tan interesantes. La asunción de la dimensión cultural ofrecía unas respuestas cargadas de una ficción que estaba presente en cada rincón del lugar. Si se establece una creencia común a una gran parte de individuos, éstos habrán generado un lazo que los une y que les permite identificarse los unos con los otros. Así, la agrupación que representa una sociedad se fundamentará en estas premisas que construyen una cultura primaria que, cuando se asienta, se completa y se fortalece con la experiencia de las relaciones humanas.

Se podría hablar de subjetividad en estos términos, de una percepción que atraviesa filtros y converge en un mismo lugar al establecerse una verdad por consenso. Y se podría incluso negar en algún aspecto que la aceptación de la conciencia mayoritaria pertenece al campo de la realidad. Pero indagar en exceso en estos conceptos es aventurarse en una dimensión metafísica que incurre a error. Admitir una ficción como una verdad no implica por necesidad que sea una mentira. Concebir un

acuerdo como algo cierto es un ejercicio funcional que, como el lenguaje, realiza una interpretación de los que los puristas llamarían verdad absoluta. Ahí, conocer que se está manejando una creencia y saber usarla y adaptarla ofrece resultados como los que estaba observando en ese preciso instante.

Todos los presentes en ese lugar asumían sin ponerlo en duda que ese espacio les pertenecía. No a cada uno de ellos, sino al conjunto que representaban dentro de la ciudad. Así, eran capaces de cruzar la calzada sin sentir que estaban invadiendo un espacio ajeno a su condición peatonal.

De esa misma manera, el diálogo que los edificios realizaban en los presentes ayudaba a esta percepción conformándose el espacio entre ellos. La capacidad que la plaza contenía de reconocer los tipos edificatorios retornaba a la idea anterior de modernidad con tradición, enfocando de nuevo en la maestría del manejo del lenguaje cultural que le era propio a la región. Los colores puros, blancos que se reflejaban como la imagen común a la modernidad se veían salpicados de destellos que los contrastaban al presentar cerámica en las fachadas.

Todo ello atribuía a su vez el mismo ejercicio que había observado en mi anterior visita al ayuntamiento. Un juego de escalas que se refuerza con un nivel psicológico que consigue imponer características domésticas a unos espacios claramente públicos. Así, desde el interior de la plaza, de nuevo, existía esa contradicción afable que mostraba que el espacio pertenecía a una sociedad que, además, atendía a cada uno de sus elementos particulares.

Aún meditando, abrazándome el torso para entrar en calor, tomé el camino para descender de la colina de la iglesia mientras una bandada de pájaros alzaba el vuelo desde la explanada verde que se encontraba, algo más abajo, a mi derecha. No había sido consciente de la bajada de la temperatura hasta ese momento. El frío ahora penetraba a través del abrigo que llevaba encima como si se tratase de una simple hoja de papel.

Con una cierta prisa, atravesé la calle, recorrí de vuelta la plaza y solamente me detuve por un instante a observar a un grupo de turistas que se sacaban una foto a los pies de la escalinata que ascendía a uno de los edificios. Apparentemente ajenos al frío, se reunían de cuando en cuando señalando algún otro punto del lugar que fuese digno de ser capturado en su cámara.

Una vez fuera, tuve que comprobar por segunda vez en el mapa dónde se

encontraba la parada de tranvía más cercana. Cuando localicé el lugar el sol goteaba sus últimos hálitos de luz del día despidiendo, una vez más, a la ciudad que se apresuraba a recogerse en sus casas o en algún otro lugar que les protegiese del viento que comenzaba a hacer presencia en las calles.

De pié en la marquesina, dos personas se abrazaban esperando la llegada del vagón. Un grupo de adolescentes cubiertos de gordos abrigos de plumas reían estridentemente por algún comentario anterior. Las señoras, con la cara casi cubierta por una gigantesca bufanda les dedicaban alguna que otra mirada reprobatoria ante el momentáneo escándalo que rompía el rumor calmado de los murmullos de la mayor parte de los que aguardábamos al tren.

Enfrente, las luces de la ciudad comenzaban a encenderse iluminando la calle y a los edificios que se encontraban tras ella. Ladrillo y teja dominaban la zona. Ese color rojizo que acompañaba la intensidad del verde de la hierba omnipresente en todos los lugares de la ciudad. Daba una imagen agradable, un contraste que lucía natural fundiéndose con los troncos de los grandes árboles que acompañaban el trazado de la vía.

No había mucho tránsito por la acera si se exceptuaba al grupo que formábamos en la parada. Sin embargo, las viviendas unifamiliares que se apostaban a los lados de la calle, en su cercanía, acogían de alguna manera nuestra espera, haciendo de guardianes con las luces de las ventanas encendidas.

A la vez que una fila de bicicletas atravesaba nuestro campo de visión, el tranvía hacía aparición al sonido de una campana de timbre claro que anunciaba su llegada. Una vez en el interior, no quedaba sitio donde sentarse y la gente se arremolinaba en círculos cerrados donde mantenían conversaciones con sus conocidos o se quedaban mirando hacia un punto fijo en la distancia sin exhalar ningún tipo de sonido que no fuese una tos puntual.

Agarrándome a la barra vertical que quedaba a mi izquierda, con cuidado de no tocar las manos de los demás en una muestra de respeto por su espacio personal, las puertas se cerraron y comenzamos a movernos. La sacudida del arranque fue muy suave, pero suficiente como para balancearnos a todos antes de recuperar la inercia. Las concentraciones densas de gente suelen agobiarme, pero en ese momento agradecí el calor que el abarrotamiento del vagón ofrecía.

Tras una multitud de paradas llegaría al aeropuerto donde tendría que esperar para coger un vuelo que retornase a la vigilia. Hasta entonces,

cada vez que el tranvía se detenía, subía más gente que la que salía. Parecía increíble que pudieran caber tantas personas en aquel vagón estrecho. De todas maneras, los pasajeros parecían asumir esa situación con naturalidad, algo de ámbito diario que pertenecía intrínsecamente al viaje en el transporte público.

Con el paso del tiempo, la cantidad de personas que viajaban conmigo se fue reduciendo hasta que solo quedamos unos pocos, ahora ya sentados. Desde ahí, no tardamos mucho en llegar al aeropuerto.

Mientras avanzaba por la terminal, pensaba en mi visita al lugar. La fuerza de la identidad que se percibía en esta ciudad hablaba de unas raíces profundas, una vida de comunidad que, no tanto encerrada en sí misma como intensamente afectada por sus factores característicos, había desarrollado unas características particulares. El clima ejercía una extensa influencia en la interacción social, en cómo se establecían las relaciones personales allí y, así mismo, lo hacía en su arquitectura y en su ordenación. Y aun así, no dejaban de asumir la llegada del tiempo y la tecnología a su sociedad, que no amparaba la defensa del valor de la tradición como un dogma absoluto, sino que habían sido capaces de reinterpretar el momento a su historia.

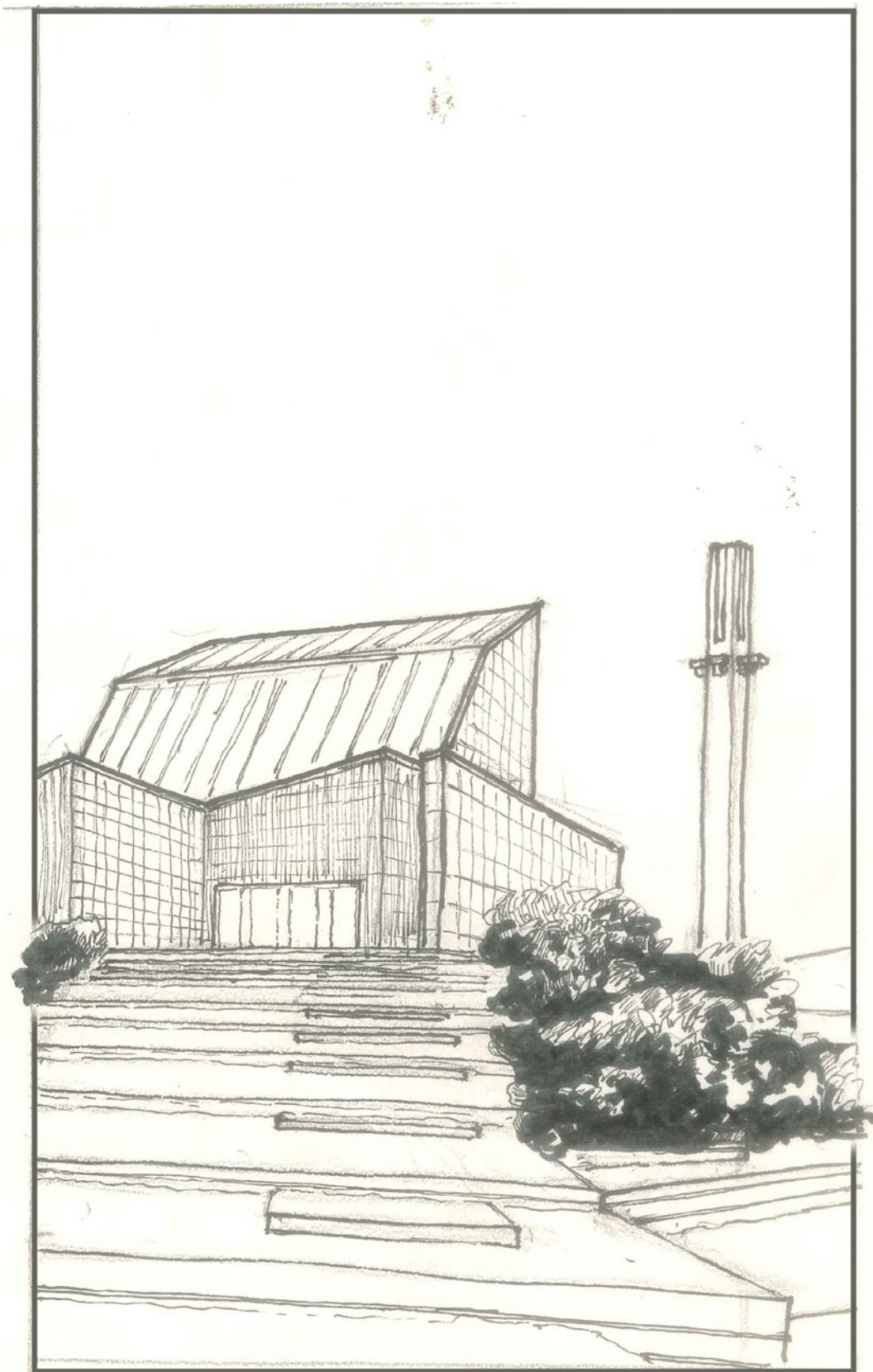
Admiraba profundamente a quien había realizado los últimos lugares de mi visita. Como un pintor que es capaz de generar un color concreto a través de mezclas, había conseguido fusionar los lenguajes que hablaban en plural y en singular de la cultura global y de la sociedad regional. Contemplar que la ciudad pertenece a sus habitantes no parece una idea complicada de asumir, pero es algo extremadamente difícil de ejecutar.

Mirando desde mi silla a los escasos viajeros que me acompañarían de vuelta fui consciente de la gran calma que envolvía aquel lugar. El descanso de la comodidad que ofrece una ciudad tranquila con la presencia del entorno natural agrada a la mayoría, aunque bien es cierto que muchos podrían verse incómodos ante una quietud prolongada, prefiriendo una actividad que no tendría por qué tener que ver con el desenfreno tanto como con la oferta masiva de actividad.

Una vez dentro del avión, habiendo realizado el embarque, me agarraba de los reposabrazos del asiento mientras éste despegaba. Cuando el movimiento estuvo calmado, ya a una gran altura, eché un último vistazo desde la ventanilla. Entre la nostalgia y la alegría, observé aquellos puntos luminosos en el suelo, ahora tan lejano. Pensé que debería volver en otra ocasión, aunque la siguiente vez en un momento de temperaturas más cálidas.

Perdí la visión de la ciudad cuando nos adentramos dentro de una nube que sustituyó aquellas luces parpadeantes por una oscuridad absoluta. Con resignación, aparté la mirada de la ventana y recordé que, cuando lo viese, le diría al amigo que me recomendó el viaje que había sido un acierto.

Y con ese último pensamiento, cerré los ojos y, colocándome de costado, me dispuse a despertar.



Dibujo del autor

Capítulo III

CONSTELACIONES

Descendiendo por la calle, apenas quedaba espacio para caminar si aparecía algún coche.

A mis lados, edificios de baja altura serpenteaban dibujando el trazado de la vía. Muchos de ellos eran viviendas unifamiliares, aunque de vez en cuando se alternaba algún bloque de vivienda colectiva que, eso sí, no superaba jamás los tres pisos²⁶.

Estaría amaneciendo cuando llegué. Y aunque el ambiente era fresco, la temperatura era muy agradable cuando el sol aparecía por entre las nubes. Una mujer salía de una casa con las llaves aun tintineando en sus manos. Parecía llevar algo de prisa y ni siquiera le dedicó una mirada a la mañana.

Era agradable pasear por esas calles. La trama del recorrido no exageraba en la pendiente de la rampa que estaba descendiendo. Parecía que el serpenteo del camino era exigido por el terreno donde se asentaba. Al final, no se podía determinar exactamente dónde acabaría la vía. Cada recodo precedía a otro que ocultaba hacia donde se dirigía realmente.

Llegué a una encrucijada que mostraba otra calle que cruzaba perpendicularmente la que estaba recorriendo. No obstante, continué mi camino, deseando conocer a dónde llevaba la desembocadura del asfalto.

Finalmente, el descenso acabó en una avenida de mayor amplitud por donde el pavimento se mezclaba con los raíles del tranvía. Rítmicamente, los árboles se unían a la procesión de postes que sujetaban el cableado del transporte dejando espacio en medio para el paso, en un solo carril a cada lado, de la circulación rodada. Pegados a los edificios laterales, se encontraban las aceras que, con una cierta amplitud, permitían el paso simultáneo de bicicletas y peatones.

Habría que destacar, dada la atención que demandaban, los edificios de esa calle. El más alto tenía 4 alturas. Se agrupaban en fachadas estrechas que se apoyaban entre sí, hombro con hombro, cómo ayudándose a no caer²⁷. El ladrillo se alternaba con colores vivos de fachadas de cal que escupían de cuando en cuando algún balcón. En ocasiones podían verse incluso escaleras que, en tres o cuatro peldaños, alcanzaban la puerta de

la calle.

La escasa altura de las construcciones y la dimensión de las vías que llegaban a esa avenida le conferían la cualidad de calle principal. Sin embargo, no existía una gran distancia entre un lado y otro. Era la aplicación de la escala lo que le daba ese valor y lo que hacía que los viandantes se sintiesen cómodos desplazándose con vehículos no motorizados o a pie.

Pese al bullicio, daba la impresión de haber llegado al centro de una pequeña población. Los comercios a pie de calle, los tejados de las viviendas, la actividad de la pequeña terraza que sacaba un bar al tramo donde se ensanchaba la acera, junto con la apariencia que otorgaban las tipologías refería a un núcleo de elegancia vernácula.

Me acerqué a un puesto a mirar las plantas que se exponían. Vivo y colorido, el negocio llamaba la atención de todas las miradas, aunque fuera por un instante. Las flores y las hojas verdes se entremezclaban en las macetas de las que colgaban diversos cartelillos de cartón. Alguien preguntaba al comerciante señalando una de las flores mientras éste le hacía señas para que elevase el nivel de voz por encima del ruido. Mientras tanto, en el bar, un grupo se levantaba de una gran mesa que volvía a quedar ocupada en un abrir y cerrar de ojos. No habían hecho más que moverse a apenas un metro de la mesa cuando un señor de avanzada edad se abalanzó sobre la silla que le quedaba más cerca. Así, el sitio en la terraza quedaba reclamado hasta la siguiente ronda.

Más adelante, tras un tiempo avanzando por la avenida, reparé que los edificios comenzaban a cambiar. Si bien la transición no se percibía de manera brusca, la tipología comenzaba a dejar paso a unos bloques de vivienda colectiva de una envergadura ligeramente superior, conformando manzanas donde predominaba el ladrillo. Algunos de ellos estaban un poco deteriorados, conscientes del paso del tiempo y de los efectos, como averigüé poco después, de la guerra.

Llamó mi atención la elegancia con la que se dibujaba en el suelo un parque de juegos entre dos de estos edificios²⁸, rompiendo la trama de la fachada. En algún momento dado, el edificio que allí estaba dio paso a la utilización de ese suelo como una plaza de entretenimiento infantil. Me gustaba que el lugar hubiese sido devuelto a la comunidad con un uso tan específico. Era una solución preferible al cierre del solar.

Los pavimentos sugerían con sus direcciones las diferentes zonas del parque sin llegar a generar una barrera física. Las formas se asociaban enseguida a un acto de uso lúdico que hablaba en clave de interpretación. Si estaba destinado para niños, era un acierto para la potenciación de su imaginación.

Barras de metal surgían del suelo, una serie de piezas cilíndricas de distinto tamaño se apostaban al final y en el centro de todo ello, al menos en el centro que sugería la trama de la composición, un parque de arena se ofrecía para permitir a los pequeños construir sus propias fantasías.

La humanidad con la que se conformaba ese parque de juegos poseía una sensibilidad muy profunda a unos valores sociales que focalizaban la mirada en la infancia. No era de extrañar, como supe un poco más tarde, dado el carácter que los originaba. La presencia de los estragos de una guerra²⁹ propiciaba una conciencia humanista tras la devastación de la ciudad y la infravaloración de la vida que acompañaba esos periodos. La desgracia hacía mella en la gente a la vez que les devolvía, tras el polvo de los escombros, la empatía y la voluntad caritativa.

En concreto, la imagen de un conflicto se ceba de los más inocentes, que viven una violencia de la que no son partícipes ni la cual entienden. Por ello, recuperar la comunión con la gente pasa también por amparar el sentimiento común hacia la tristeza de estos individuos de la sociedad y coincidir en la recuperación de la camaradería.

A la finalización de una falla de tamañas características en la historia, en la convivencia social, el impacto conlleva una respuesta. Y en algunos casos, como del que estaba siendo testigo, esa respuesta se produce como un bálsamo reparador que propicia una unión que había estado ausente por un largo periodo de tiempo. El lenguaje de aquel lugar gritaba a la calle el respeto por las relaciones humanas, el cariño por el desarrollo de los niños y la imagen de la historia que no se ha de olvidar ni repetir.

Así, el espacio era un regalo para los habitantes de la ciudad. Niños que se cubrían por entero de barro en el banco de arena, riendo ante la cara circunstancial de sus progenitores que observaban la escena como un desastre. Personas mayores que, sentadas en el lugar, charlaban animosamente con un hombre que se había detenido frente a ellos con una barra de pan bajo el brazo. Allí confluían personajes de todas las edades, de todos los sexos, que disfrutaban por igual de una plaza que, a su vez, estaba flanqueada por fachadas pintadas con obras de arte³⁰.

Parecían dibujos hechos por niños, sin embargo, la dimensión de los mismos y el trazado de las líneas sugerían más bien la interpretación de un artista ante las pinturas infantiles. Como fuere, alegraban el espacio, le daban significado.

Me vino a la mente la idea de que ese parque había sido diseñado desde el suelo, a la altura de un niño. Con la gente en corro proponiendo ideas, el planteamiento iba construyéndose gracias a la inclusión de sus usuarios principales en el proceso. Lejos de otros lugares que había visitado, donde

la vista se realiza desde las nubes, lejos del terreno, la imagen de aquel espacio hablaba de una visita más cercana, una ligazón a la tierra a través de sus caminantes.

No dejaba de ser interesante el uso que se le daba a esos elementos tan simples con los que se generaba el parque. No contenían ninguna imagen referencial. Simplemente surgían, carentes de contenido, sugiriendo el significado que cada imaginación les diese, ofreciéndose allí para ello. Posiblemente, la liberación de las formas y los elementos claramente reconocibles posibilita una interpretación más fuerte, un desarrollo de la experiencia del juego menos cerrada y, por ello, más interactiva. Una barra de metal puede ser un lugar donde apoyarse, puede ser una cuerda de la que agarrarse para no caer al abismo o puede ser un monstruo surgiendo de las profundidades de la tierra. La carencia de contenido, sorpresivamente, da multiplicidad de significados.

Encontré, en mi paseo, más de un ejemplo de parque infantil y de plaza social contruidos de maneras parecidas. Entre ellos, formaban un tipo de red, como una constelación³¹ que aglutinaba a lo largo del trazado de las calle focos de reunión social que se ofrecían de manera descentralizada. Así, la organización pensaba en la realización a pequeña escala de estos hitos dentro de un gran sistema que los acogía.

En un destello, visualicé una ciudad totalmente zonificada³² y pensé que parecía mejor respuesta repartir en el espacio los lugares de ocio que considerar un gran centro común destinado únicamente a ello.

De pronto me encontré en un pequeño espacio lleno de actividad. El gentío se movía con fluidez pasando por delante de una extensa multitud de puestos de flores. Los olores se mezclaban en el aire con la humedad del ambiente que le daba el canal que limitaba uno de los laterales de la plaza. La agrupación de colores, cambiando de manera azarosa, fundiéndose en el conjunto que formaban los escaparates, me trajo una idea de vuelta a la cabeza. Era la mezcla de los capullos de distintos tonos lo que le daba coherencia a la formación, lo que, de alguna manera, le atribuía sentido y significado en el funcionamiento. Como esas plantas, la ciudad tendía a crecer con las tipologías y los usos entrecruzados. Imaginé cómo se verían los puestos en aquella plaza si cada tipo de flor se agrupase por colores. Consideré que existiría una cierta belleza en aquella composición y, no obstante, la racionalización de la tonalidad pudiera alterar el funcionamiento de los negocios aislando los menos populares, impidiendo que cada uno pudiera funcionar de manera independiente y, así, restringiendo la actividad en conjunto. Cómo una planta, la ciudad podía responder a esos principios de organicidad, creciendo de manera ramificada³², organizando algarabías de colores quedaban homogeneidad

al conjunto a través de la heterogeneidad de los elementos. Un elemento natural que desarrollaba un orden casi fractal en aras de acercarse a la comunidad que pisaba su suelo.

Hacía unos años, había visitado otra región que creía en estas afirmaciones. Alguien hablaba con entusiasmo de una idea que había dado la vuelta al mundo. Un dibujo de círculos alrededor de uno central expresaba esta premisa de forma radical¹⁰. Casi con la sutileza de la lógica filosófica, el esquema que se refería mi memoria trabajaba en la construcción de un sistema complejo con el uso de las relaciones entre conjuntos de los mismos valores de escala más pequeña. En un estadio ideal hablaríamos de un silogismo, pero probablemente la pérdida de medida llevara a una contradicción de la teoría fundamental a la aplicación práctica. Al tiempo, esos pequeños errores de aplicación podrían alterar el conjunto entero al deducir hipótesis de dependencia causal para el crecimiento³³.

Aún en esta argumentación, la realidad se ajustaba mejor a un comportamiento humano cuando el punto de partida establecía espacios capaces de percibirse controlados. Como ya se había dicho en su momento, la variación tipológica otorga un fuerte valor a la ciudad, la mezcla de usos aproxima la sociedad a su lugar de vida y propicia el ejercicio libre de la cultura que le es propia admitiendo unas relaciones humanas cotidianas en vez de relegarlas a elementos aislados.

No solo ello, la monotonía se diluye con la variedad. La observación de las calles en mi recorrido me ofrecía visiones que se expresaban de la misma forma, pero no idénticamente. El estímulo generado por la vitalidad de las fachadas, la diferenciación de los espacios por sus elementos más característicos y la cercanía de una escala humana posibilitaba la vida en comunidad de manera continua.

Es más, en un descanso para mis piernas, cansadas del trayecto, escuche a un grupo en un café. Tenían edades distintas, comprendidas entre los veinte y los cincuenta años. Podría tratarse de alguna reunión esporádica de varios miembros de una familia. Una joven alababa vehementemente que la ciudad atendiese a los comentarios de la población que la conformaba para el desarrollo de las obras en sus calles. Un señor con una barba que mostraba ya señales de envejecimiento blanqueando sus laterales le respondía asertivamente indicando, lo que a su juicio, era un error para el urbanismo participativo. Otros acompañantes de la mesa escuchaban en silencio. Otros dos, ajenos al discurso que protagonizaba la escena, comentaban entre ellos algún episodio deportivo producido el fin de semana.

Observé que la mayor parte de los individuos que pertenecían a la ciudad

poseían una fuerte ligazón a su tierra. Se veían parte de su historia, se veían parte de su experiencia y se sabían parte de su desarrollo. Una variable importante explorada por las administraciones del lugar, la conciencia colectiva a través de sus opiniones individuales. El entendimiento no suele llegar por acción espontánea, y la interpretación siempre aplica ejercicios más cómodos que la imposición.

Con las primeras luces de la tarde me aventuré hacia periferia tomando un autobús en la estación central. Desconozco el tiempo que estuvimos recorriendo campos y planicies. Pero, al final, saliendo de una neblina que había atrapado todas nuestras miradas en un monocromatismo blanco, atisbamos por las ventanillas la última parada del trayecto. A lo lejos, unos grandes bloques³⁴ atestiguaban un cambio de ambiente tanto en arquitectura como en clima. Aunque era ya tarde, el sol aparecía aún por encima de las construcciones con un poco más de fuerza e impedía mantener la visión durante mucho tiempo en nuestro destino.

La gente comenzaba a inquietarse, moviéndose en los asientos. Alguno incluso ya se encontraba recogiendo su equipaje de la bandeja superior. Otros, asomaban incluso las rodillas al pasillo para asegurarse una buena posición de salida cuando el autobús se detuviese. Un niño lloraba en los asientos delanteros y otro lo miraba desde atrás, sin poder verlo pero consciente de su existencia, con unos ojos que parecían dudar de si seguirle el ritmo con el llanto.

Al final, nos detuvimos frente a una marquesina en una gran calle alejada de los bloques algunos metros. Una zona verde se extendía entre nosotros y las viviendas. Grupos de personas hacían presencia a lo largo de todo el lugar. Unos sentados en el césped conversaban refugiados en sus capuchas, bajo la primera planta de los edificios, se alternaban grupos y personas que ahora observaban nuestra posición inquiriendo en quién descendía del vehículo. Por los pisos altos de la construcción también se percibía movimiento. Parecían calles que funcionaban en otra altura. De la misma forma que en la planta a nivel de calle, las superiores albergaban transeúntes que se perdían entre las puertas y grupos que se apoyaban en la barandilla.

Reparé en los retranqueos de los edificios, generando espacios que albergaban plazas verdes. Caminando pude percatarme de que se trataba de un edificio continuo que se plegaba con forma de medios hexágonos creciendo, relacionándose con otros. Fue curioso darse cuenta de que la mayor parte de las circulaciones peatonales se realizaban dentro del propio edificio, relegando el suelo casi a un mero trámite o al tránsito rodado.

Me vinieron a la mente las imágenes de los grandes bloques de corte

moderno alzándose en gigantescos espacios vacíos. Sin embargo, en aquel lugar había algo que no hablaba en esa misma lengua. Había un trasfondo orgánico en cómo se desarrollaban esos bloques, una manera de crecer, de asentarse en el suelo que coincidía con el concepto de la modernidad pero que difería en muchos aspectos. Sobre todo, el concepto de la calle en altura daba una relación al exterior con el bloque muy distinta³⁶. Era como una frontera difusa, una transición de un carácter privado que se atenuaba hacia el exterior a través de esos largos pasillos que cruzaban toda la línea longitudinal de la crujía.

Como fuere, la atmósfera revelaba un sentimiento vecinal en cierto modo confuso. El funcionamiento de los bloques permitía un contacto directo entre sus habitantes, mas la comunicación por los corredores imponía una contradicción de índole tipológica. Una calle en altura que representaba un recorrido de carácter temporal, del exterior al interior, de lo semipúblico a lo privado. No daba lugar a las funciones propias del espacio público que las vías tradicionales, los bulevares representan y adquieren con el uso.

Cargado del mismo lenguaje que el racionalismo moderno, con trazas y matices que buscaban expresar unos valores algo diferentes, los edificios se alzaban colonizando un espacio que, habiendo trazado una solución tipológica distinta, tomaban posiciones parecidas a la idea que precisamente estaban criticando.

Grandes explanadas de hierba y hormigón se asentaban sobre los espacios que limitaban los retranqueos de los bloques. Podía intuirse el objetivo de acoger plazas ligadas a la mirada del edificio que las acotaba, la intención de abrazar un trozo de suelo difuminando las líneas que definen la privacidad. Aun así, la envergadura de las fachadas, junto con la dimensión espacial de los lugares que parcialmente encerraban parecían deshumanizar el contexto territorial. Dentro del atractivo del lugar, la percepción se tornaba agri dulce al comprobar vívidamente la carencia de actividad y de movimiento en las plazas. A ratos parecía que se estuviera observando una pintura a la que había que añadirle personas.

Podría considerarse, de todas formas, que esta situación se viera exacerbada por la distancia a la que se encontraba el tránsito rodado. Las vías de circulación rápida no se mezclaban con el trazado de las manzanas que, como islas gigantescas, se mantenían al margen de los coches imponiendo entre ellos tierra y fachada.

De cualquier modo, la realidad tampoco exhibía unos sentimientos tan ofuscados como los míos. Ciertamente había personas habitando el lugar, recorriendo los caminos entre las explanadas. La escala no se establecía como algo tan masivo como otros lugares que había visitado antes. Había

un intento por acercar el lugar a los habitantes de la sociedad.

No obstante, quizás por la situación periférica o, tal vez por la imposición devenida del diseño, la sensación de la zona acentuaba una imagen marginal. No sabría decir si eran las situaciones percibidas expresaban la cualidad desconfiada o si era un pensamiento resultado de mi propio juicio.

Extrañamente, la imagen que se percibe de un lugar, de una persona, de un conjunto de individuos, tiene una doble significancia retroactiva. El establecimiento de un juicio³⁶ requiere la aplicación de un concepto que no siempre tiene que ver con la visualización física. Cuando se otorga a un lugar una cualidad, ésta se acopla a un concepto genérico en una escala de niveles que aportan, aún sin pretenderlo, otra serie de valoraciones que se asocian a un paquete de ideas. De esta forma, en muchas ocasiones, el juicio que se realiza de un lugar puede llegar desde un comentario externo, una opinión, una noticia en el periódico. La aplicación de toda la serie de ideas que acompañan a ese juicio aparecen consecuentemente por cercanía conceptual. Sin embargo, es justo admitir que en otras situaciones estas premisas tienen fundamento. De todas formas, siempre existe la duda de origen semántico: ¿es el elemento lo que provoca el juicio o, quizás, es el consenso plural lo que apostilla finalmente la aceptación y la consecuente aplicación real del prejuicio realizado?

Tal vez, en este lugar, el relego conjunto de la población a un proyecto incompleto en la periferia le diera el valor y la entidad ficticia que entonces manifestaba en la realidad.

No siempre las ideas provenientes de la teoría tienen una aplicación práctica real. El entendimiento erróneo o, más bien, la omisión de una parte de contexto social puede llevar a respuestas distorsionadas en el plano tangible.

Retomando el paso, atravesé la manzana dejando atrás los bloques y me apresuré a tomar un taxi. Se estaba haciendo tarde y la humedad ayudaba a una sensación de frío que no había esperado al inicio de la jornada y, por consiguiente, no llevaba el atuendo adecuado para ello.

Una vez dentro del coche, nos encaminamos hacia la estación donde habría de tomar el primer tren de vuelta. Avanzando rápidamente por una gran autopista que parecía tratarse de una circunvalación, otros vehículos nos adelantaban por los laterales atestiguando movimiento en esas horas del día, pero sin una intensidad masiva de superpoblación en la ciudad que diese pie a un embotellamiento desmesurado. Sabía que llegaría a tiempo a la ciudad.

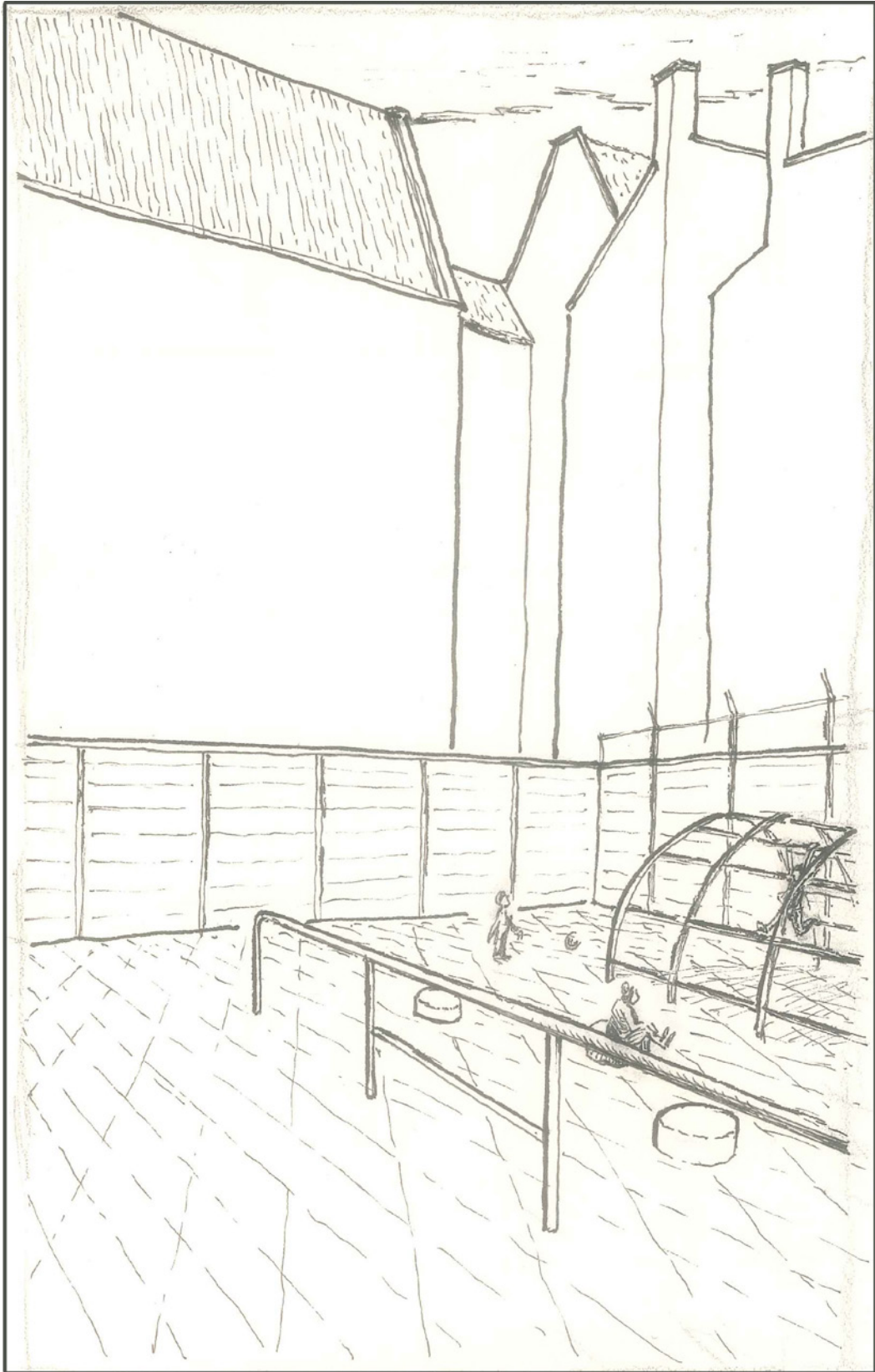
Una vez allí, tras preguntar en las taquillas dónde se encontraba el andén, observé cómo la gente salí y entraba constantemente por la puerta del cercanías. Imaginé que ahí se encontraba la razón de una presencia relativamente tranquila de coches en la autovía. No me acompañaba mucha gente en mi espera y aquella parte de la estación se antojaba tristemente vacía. Se entendía perfectamente que ya había anochecido y que cada vez había menos trenes. Me pregunté si cerrarían en algún momento.

Mis pensamientos me llevaron hasta el distrito del que había llegado. Supuse que muchos tomarían el cercanías para desplazarse desde allí al centro de la ciudad. Recordé las plazas que había visitado, las estrechas y sinuosas calles que había recorrido al principio del día. Parecían imágenes muy distintas, pero por alguna razón no consideré que lo fueran tanto. Había un telón de fondo común para esas intervenciones, para esas tipologías de ciudad. E incluso acogiendo a los mismos actores, las escenas, eso sí, hablaban en lenguas diferentes. O quizás, no fuera la lengua si no el volumen. ¿Conceptos similares a distinta escala? No. Más bien quisiera parecer que aquello que tenían en común era un “enemigo”, alguien a quien contestar.

Con una campana aparecía el tren, casi vacío a su llegada y casi vacío a su partida. Con un pequeño espasmo, se puso en movimiento y abandonaba la estación adentrándose en las entrañas de la tierra bajo, supuse, la ciudad.

Estaba en absoluta soledad en el vagón y tenía un largo viaje por delante. Dediqué una mirada al horizonte tras salir del túnel. Los puntos de luz, estáticos y en movimiento contaban la historia de un lugar cargado de experiencias y que no dejaba de buscar una respuesta a su complejo funcionamiento.

Se me cerraban los párpados a medida que el vehículo aceleraba suavemente. Sin tiempo para más pensamientos, tras un sonoro bostezo que me permitía mi inexistente compañía, me dejé vencer por el cansancio y en un segundo ya no recordaba más que despertar.



Dibujo del autor

EPÍLOGO



A lo largo de las intervenciones de la arquitectura y el urbanismo en la sociedad moderna, la intensidad del avance de las tecnologías y la filosofía de la cultura generó una gran variedad de respuestas en la metodología y el significado que estas ciencias poseían.

El ejercicio de dar lugar a la actividad humana, sea cual sea, requiere de un entendimiento plural del contexto circundante, de un trabajo transversal entre las diferentes variables que relacionan la sociedad con el ser humano y la cultura con la aplicación real y tangible que representa la ciudad.

Se ha mencionado en diferentes ocasiones el término "sistema", entendiendo el ámbito social en el que se mueve la realidad cotidiana como un conglomerado de interrelaciones que aglutinan todas las ciencias humanas. El desarrollo cultural va de la mano de la transformación de estos campos de estudio. Los paradigmas tecnológicos, las corrientes filosóficas, el valor antropológico, el tiempo en el que se establecen, las condiciones naturales, ambientales y culturales, la historia y su memoria, la definición del arte, la tradición regional, el contexto económico, la jerarquía territorial y la dicotomía social, la metafísica de las creencias, el consenso mayoritario de las ficciones. Un equilibrio multiforme retroactivo que se encuentra en constante movimiento. Un sistema que conforma la realidad humana y su organización estructural. Y, por tanto, un valor para dar un significado concreto a las ciudades y sus edificios. Una causa y una consecuencia del ejercicio de una profesión que trabaja y representa en la superficie los aspectos más profundos del ser social.

Los sueños aquí descritos reproducen escenas que se desarrollan en contextos contruidos pertenecientes al periodo del Movimiento Moderno y el Estilo Internacional, su crítica y su respuesta, dado el impacto que estos nuevos principios han tenido en nuestras ciudades durante la segunda mitad del siglo XX hasta nuestros días.

Dentro de las diferentes teorías y soluciones que se desarrollaron entonces, las respuestas difieren en su aplicación así como sus bases de diseño, sus interpretaciones de la sociedad del momento y su percepción filosófica.

Sin embargo, comparten la identidad de generar una imagen para la ciudad moderna con todas las implicaciones que esto conlleva. Apuntan

al desarrollo total desde la comprensión del sistema social y trabajan en una línea transversal entre la técnica y la teoría, entre la sintaxis y la semántica. Lejos de establecer un paradigma dogmático, este texto pretende contemplar la significación que en este momento adquiere el entendimiento de aquello y aquellos a los que está destinada la ciudad, sus calles, sus parques y sus edificios.

Desde la ciudad higienista y maquinista de Le Corbusier, con las grandes áreas zonificadas sobre una tabula rasa, pasando por las concepciones nórdicas del *Folkhemmet* (el hogar de todo el pueblo) y la ligazón a la tradición que implica la climatología de los países escandinavos, hasta la crítica del Team X, la reinterpretación de la ciudad "lecorbuseriana" de Candilis, Josic y Woods, o las plazas de la reconstrucción humanista de la ciudad de Ámsterdam de Aldo van Eyck, todo muestra un compromiso con la sociedad y sus individuos, la realización humana, ya sea de manera focalizada o como conjunto plural. Algunos podrían tratar de realizar una búsqueda esencial de la tipología, llegar a la idea pura. Otros focalizan sus esfuerzos en ámbitos de escala más pequeña y observan a la naturaleza para hacer arquitectura orgánica. Para otros, la base de la interpretación de la sociedad como una máquina les preocupa de tal modo que tratan de darle la vuelta, generan el cluster y elevan al individuo como base intrínseca de su urbanismo.

En cierto modo, la investigación que la modernidad realiza en este campo otorga una significación fundamental al valor social y cultural. En ello se aprecia también la convergencia de las distintas artes y ciencias que rodean estos nuevos paradigmas. Es estrecho contacto con pintores, filósofos, antropólogos y distintas y diversas ramas de conocimiento puso en valor una ciudad dedicada, de una forma u otra, al ser humano como especie.

Es por ello que la sociedad tendente a la especialización masiva corre el peligro de perder una complejidad necesaria para la dimensión cualitativa del espacio que las personas habitan. Hablar de transversalidad implica inherentemente una convivencia de elementos y voces que posibilitan en primera instancia un entendimiento más complejo, plural y significativo para una ciencia que debe dar lugar a la manifestación de la realidad física de todas las ficciones que envuelven, conforman y se generan por y para la sociedad.

La multidisciplinaridad no es más que un conocimiento que da más herramientas a aquellos que deben percibir de manera tangible el concepto etéreo de la cultura.

Como en el lenguaje, cuanto más rico es el léxico, mayor es la capacidad

potencial de expresar, independientemente de si quien comunica lo hace correctamente o no, o si es capaz de hacerse entender o no. Es por ello que, en un momento como el S. XX, donde el contexto histórico derivado de impactos muy intensos como las guerras mundiales o la revolución tecnológica y las consiguientes corrientes culturales y filosóficas tuvieron una presencia tan vasta, la variedad y la fuerza del desarrollo de la arquitectura fue tan destacable. Y es por ello que se ha empleado aquí para representar estas historias.

Así, tras la imagen del pasado reciente que ofrece la modernidad, mirar a los ojos del presente cobra un carácter esencial. Y de la misma forma que termina la vigilia, salir de un sueño implica despertar.

BIBLIOGRAFÍA

BAKER GEOFFREY H.. *Le Corbusier. Análisis de la forma*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili SL, 1985. ISBN 978-84-252-1808-8

CHOMSKY NOAM, FOUCAULT MICHEL. *The Chomsky - Foucault Debate: On Human Nature: A Debate on Human Nature*. Nueva York: The New Press, 2006. ISBN 978-1595581341

CHOMSKY NOAM. *El lenguaje y el entendimiento*. Barcelona: Planeta De-Agostini, 1992. ISBN 978-8439521761

COLQUHOUN ALAN. *La arquitectura moderna. Una historia desapasionada*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili SL, 2002. ISBN 84-252-1988-4

FERNANDEZ GALIANO LUIS, ET AL. *Le Corbusier. An atlas of landscapes*. Madrid: Arquitectura Viva SL, 2015. ISBN 978-84-606-7460-3

FILLER MARTIN. *La arquitectura moderna y sus creadores. De Frank Lloyd Wright a Frank Gehry*. Barcelona: Alba Editorial, s.l.u., 2012. ISBN 978-84-8428-768-1

FRAMPTON KENNETH. *Historia crítica de la arquitectura moderna*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili SA, 2005. ISBN 84-252-1665- 6

JACOBS JANE. *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Madrid: Capitán Swing libros, 2011. ISBN 978-8493898502

LEFEBVRE HENRI. *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing libros, 2013. ISBN 978-8494169052

MONEO RAFAEL. *Inquietud teórica y estrategia proyectual en la obra de ocho arquitectos contemporáneos*. Barcelona: Actar, 2004. ISBN 84-95951-68-1

MONTEYS XAVIER. *Le Corbusier. Obras y proyectos*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, SL, 2008. ISBN 978-84-252-1795-1

MUMFORD LEWIS. *La ciudad en la historia*. Logroño: Editorial Pepitas de Calabaza, 2013. ISBN 978-8493943783

MUNTAÑOLA JOSEP, MUNTAÑOLA DAFNE. La sociología del espacio al encuentro de una arquitectura oculta en la educación En: *Revista de la Asociación de Sociología de la Educación*. vol. 4, núm. 2, 133-151.

NOAH HARARI YUVAL. *Sapiens. De animales a dioses*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial, 2014. ISBN 978-84-9992-622-3

NOVAK ANJA, WILKEN DEBBIE, LEFAIVRE LIANE. *Aldo van Eyck. The Playgrounds and the City*. Amsterdam: NAI Publishers/Stedelijk Museum, 2002. ISBN 978-9056622497

PLATON. *La república*. Valencia: Diálogo, 2009. ISBN 978-8496976320

WARD COLIN. *Il bambino e la città*. Nápoles: L'ancora SL, 2000. ISBN 88-8325-008-7

GLOSARIO DE REFERENCIAS

1. La Ville Radieuse. Le Corbusier
2. Carta de Atenas. IV CIAM. Le Corbusier.
3. Mito de la caverna. Relatado en *La República*, Platón
4. *La forma de la ciudad*. Aldo Rossi
5. Teoría sociológica de B. Malinowski
6. Inmuebles villa. Le Corbusier.
7. En mitología griega, Hermes Trismegisto: dador y portavoz de conocimiento
8. Tipología de jardín inglés frente al tipo de jardín francés
9. Entrevista a M. Foucault por P. Rabinow. Space, Knowledge and power en *The Foucault Reader*.
10. Teoría de ciudad jardín por Ebenezer Howard
11. *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Jane Jacobs.
12. Modelo de torre en America de Mies van der Rohe.
13. Teorías de los mecanismos formales de Immanuel Kant.
14. Referido a revisiones del movimiento moderno
15. Team X
16. Louis J. Kahn
17. Referido a los países escandinavos
18. Rosta de Orebre de Sven Backström y Leif Reinius
19. Barton Perry. Teoría neorrealista de la percepción y el conocimiento.
20. Biblioteca de Estocolmo. Asplund.
21. Concepto rossiano de tipo en relación con las ideas platónicas puras.
22. Ayuntamiento de Saynatsalo. Alvar Aalto.
23. La arquitectura orgánica de Frank Lloyd Wright.
24. Centro cívico Seinajoky. Alvar Aalto
25. Sobre el concepto de ficción en *Sapiens*. Yuval Noah Harari.
26. Letchworth Garden City. Barry Parker y Raymond Unwin.
27. La ciudad de Amsterdam.
28. Plazas de juegos infantiles. Aldo van Eyck.
29. Referido al periodo de postguerra de la II Guerra Mundial.
30. Dibujos y pinturas del grupo COBRA
31. Concepto de constelación del *The playgrounds and the cities*.

32. Referencia a la Ville radieuse y a la Carta de Atenas de Le Corbusier.
33. Concepto de Cluster frente a Zoning del Team X
34. Concepto de lógica filosófica del lenguaje. Silogismo e hipótesis de dependencia causal.
35. Toulouse Le Mirail. Candilis, Josics y Woods.
36. Concepto de Matbuilding. Team X.
37. Teoría del prejuicio en *Sociología*. D. Light, S. Keller, C. Calhoun (1991). Editorial McGraw Hill.